

Ecologías literarias en la Colombia del posacuerdo

Juan Esteban Villegas Restrepo

En julio del 2015, en el marco de actividades realizadas con motivo de la Alianza Nacional por la Educación Ambiental, celebrada entre el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible y el Ministerio de Educación, el ecologista colombiano Julio Carrizosa Umaña aprovechó su intervención para reflexionar acerca de cómo en los últimos cincuenta o sesenta años el conflicto armado había logrado trastocar negativamente nuestra relación con la naturaleza y el medioambiente. Para este reconocido integrante de la Comisión de Reservas Naturales de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, entre los muchos trastocamientos estaba nuestra obcecada tendencia a sopesar los efectos de la guerra solo en términos de vidas humanas, dejando de lado los alcances que esta ha tenido y sigue teniendo sobre los animales, selvas, mares, ríos y montañas del país.

Las reflexiones de Carrizosa Umaña apuntaban, pues, a que, en un posible escenario de posacuerdo como al que hoy nos estamos viendo enfrentados, las políticas educativas tanto públicas como privadas, pero también las iniciativas de los movimientos afro, indígenas, campesinos, obreros y demás sectores cívico-populares estuviesen todas orientadas a la construcción de una verdadera conciencia ecológica integral. Una conciencia ecológica que, apoyándose en el conocimiento de nuestra geografía y nuestra historia política y social, abogase por la construcción de un diálogo más intersubjetivo, horizontal y por ende ético con aquellos sujetos tanto humanos como no-humanos que han hecho de estos ecosistemas su hogar, su centro.



Edwin Monsalve. *Expedición Extinción II (Odontoglossum luteopurpureum)*. Petróleo, carbón mineral, cinta botánica y grafito sobre papel. 52 x 70,5 x 5 cm. 2016-.
Fotografía: Carlos Tobón

No cabe duda de que la construcción de esta conciencia ecológica, además de tener absoluta resonancia en los quehaceres de los docentes e investigadores de las ciencias sociales, la tiene también en los de las ciencias naturales y exactas. Asuntos de gran importancia social, política, cultural, económica y ambiental para el país como la restitución de tierras, el fortalecimiento de la producción alimentaria, la clara delimitación entre la frontera agrícola y la protección de zonas de reserva, la erradicación de cultivos ilícitos y el uso de energías limpias,

dan todos cuenta de lo importante que puede llegar a ser hoy por hoy la labor de biólogos, botánicos, zoólogos, químicos, ingenieros, sociólogos y antropólogos.

Pero ¿y qué con las humanidades y, de manera más específica, con la literatura? ¿Tienen acaso las palabras de Carrizosa Umaña en una disciplina como esta, tan anclada al universo de las representaciones simbólicas? Si jugamos a concebir la literatura como un discurso capaz de representar la identidad cultural de la comunidad desde donde brota y florece, pero también como un discurso capaz de crearle identidad a esa misma comunidad, puede verse entonces por qué un acercamiento en clave ecológico-ambientalista a nuestras tantas producciones literarias podría contribuir a la formación de esta conciencia ecológica.

Sin duda alguna, esta aproximación pareciera ser más obvia en algunas obras más que en otras. Novelas como *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera (1888-1928) o *Toá* (1933) de César Uribe Piedrahita (1897-1951) dan ambas cuenta de las fracturas tanto humanas como ecológicas que la extracción de caucho en la Amazonía colombiana de comienzos de siglo xx trae consigo. De igual modo, varios de los poemas que León de Greiff (1895-1976) nos ofrece en su segundo mamotreto, *Libro de signos* (1930), nos permiten ver la manera en que el río Cauca y las montañas del suroeste antioqueño se muestran como víctimas indiscutibles del accionar de aquellos “sabios infatuados / de ciencia ingenieril” a los que se les encargó, por esa misma época, la construcción del ferrocarril.

Ahora bien, esta aproximación, además de estar en sintonía con el llamado de Carrizosa Umaña, posibilitaría también una cierta reconfiguración de los modos de leer, historiografiar, enseñar y, por ende, investigar sobre nuestras muchas literaturas nacionales, en el sentido que las prácticas académicas en torno al fenómeno

literario, como bien ha señalado Jean-Marie Schaeffer,¹ han llegado a convertirse en una especie de práctica agrícola de tala y quema que ha conllevado a la relativa sepultura de muchas otras voces. El reto estaría, entonces, en revisar nuestras letras a la luz de la problemática ecológico-ambientalista en aras de una nueva siembra, un nuevo cultivo y una nueva cosecha.

Pero para ello se necesitaría, obviamente, conocer el suelo, estudiar el sustrato, escarbar. De allí la importancia de volcar nuestra mirada a nuestras muchas y diversas oralidades prehispánicas ancestrales; de acercarnos con una nueva sensibilidad a lo escrito por Juan de Castellanos (1522-1606), Pedro de Ursúa (1526-1561), fray Pedro Simón (1574-1628) y Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) durante el periodo de la Conquista y la Colonia; de adentrarse en el universo botánico-poético neogranadino de un Francisco Antonio Zea (1766-1822), un Francisco José de Caldas (1768-1816) y un Alexander von Humboldt (1769-1859). Todo esto sin contar lo que, en los últimos noventa o cien años, autores como Joaquín Antonio Uribe (1858-1935) o los ya mentados José Eustasio Rivera (1888-1928), César Uribe Piedrahita (1897-1951) o León de Greiff (1895-1976) han plasmado en sus obras.

Solo así, en contacto con esos páramos o terrenos aparentemente inamovibles desde los cuales se han desgajado en mayor o menor medida nuestros muchos ríos y árboles literarios, podríamos entrar en contacto con aquellos otros arroyos o ramas que, con todo y el olvido del cual han sido víctimas, han logrado conservar su caudal, su vibración, su color. Piénsese, por ejemplo, en la obra, injustamente ignorada por gran parte de la crítica y el público lector, de la caucana Matilde Espinosa (1910-2008), autora de poemas en los que árboles, ríos y piedras hacen las veces de testigos silentes de la violencia rural bipartidista de mediados de siglo xx. O en la poesía ancestral contemporánea de un Fredy Chican-



Edwin Monsalve. *Sala de rehabilitación*. Acuarela sobre papel. 68 x 88 x 3,5 cm. 2013-2014. Fotografía: Carlos Tobón

gana (1964-), un Vito Apūshana (1965-), o un Hugo Jamiyo Juagibioy (1971-), y la afro de un Alfredo Vanín (1950-), una Lucrecia Panchano (1940-) o una Mary Grueso (1947-), en la que los daños ecológicos y/o medioambientales producto de las dinámicas del conflicto armado y el neoextractivismo corporativo de carácter multinacional pueden ser vistos como una muestra clara e innegable de una violencia ecológica que, hoy por hoy, es visible, pero paradójicamente invisibilizada.

Son, pues, estas ecologías literarias las que, además de sentar las bases para una posible relectura del canon literario del país, pudiesen contribuir con la ampliación del espectro de lo que hoy por hoy entendemos por violencia, conflicto armado, víctima, victimario, “sobreviviente”, trauma, reparación, logrando con ello inscribir, parodiando a Carrizosa Umaña, la noción de “violencia ecológica integral” en el extenso y vergonzoso catálogo de violencias sucesivas que ha sufrido el país desde el siglo XVI. Una “violencia ecológica integral” que, precisamente por la miopía del Estado y de los demás actores del conflicto armado,

pero también por la nuestra, en tanto lectores y estudiosos del fenómeno literario, ha pasado por desapercibida, llegando a ser, por ende, el doble de violenta.

Referencia

- 1 Schaeffer, J. M. (2003). *Pequeña ecología de los estudios literarios. ¿Por qué y cómo estudiar literatura?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Juan Esteban Villegas Restrepo. Magíster en Literaturas Hispánicas de Rutgers University-New Brunswick (Estados Unidos) y candidato a Doctor en Literatura de la Universidad de Antioquia es investigador junior del Grupo de Estudios Literarios (GEL) de la Facultad de Comunicaciones. Las reflexiones aquí presentadas derivan de una investigación mucho más extensa próxima a ser publicada, a modo de capítulo, en el libro *El malestar del posconflicto. Aportes de la crítica literaria y cultural* coeditado por el Instituto Caro y Cuervo, el Grupo de Estudios Literarios (GEL) de la Universidad de Antioquia y la Universidad de Arkansas (Estados Unidos).